

¿Qué es el hombre?

Serie - 3

“Antes de la caída”

Virgilio Zaballos

ÍNDICE

1. Introducción
2. Dios hizo al hombre recto
3. Hagamos al hombre
4. A nuestra imagen y semejanza
5. Y ejerza dominio
6. Yo os he dado (primera parte)
7. Yo os he dado (segunda parte)
8. Y sopló en su nariz aliento de vida
9. En Edén
10. Y ordenó Dios al hombre
11. Una ayuda idónea
12. Se unirá a su mujer y serán una sola carne
13. Estaban ambos desnudos
14. Paseaban en el huerto al fresco del día
15. De Él y para Él son todas las cosas

Nota: En esta serie he usado la versión de la Biblia de las Américas (LBLA).

1

Introducción

Hemos iniciado este tema, bajo el título general *¿Qué es el hombre?* con la relación que hace el apóstol Pablo del carácter de los hombres en los últimos tiempos. Luego hemos continuado con el carácter de los hombres de Dios, y hemos visto que ese carácter tiene como base fundamental la palabra de Dios, es un hombre de la palabra. Ser un hombre de la palabra es recuperar el propósito original de Dios. La desobediencia del hombre, en el principio, fue hacia la palabra de Dios. Adoptó una postura independiente, de autodeterminación, ante la ordenanza divina. Volver a la casa del Padre es regresar a las directivas del reino, a vivir bajo su autoridad, sometidos a su voluntad y disfrutar de la abundancia de su casa. En esta tercera serie de nuestro tema queremos regresar al principio. Ver la vida del hombre antes de la caída en pecado y el surgimiento del gran cataclismo que afectó a todas las cosas. El hombre en su estado primigenio. No sabemos mucho al respecto, pero algo sabemos, lo suficiente para darnos cuenta que la caída levantó un gran abismo entre el Creador y sus criaturas. La caída en pecado trastornó y deformó la vida del hombre y la mujer en su totalidad. La búsqueda del Paraíso perdido ha sido y seguirá siendo una máxima en el corazón del hombre. Algo ha quedado impregnado en el alma humana para que haya anhelado intrínsecamente el regreso a sus orígenes. Se ha especulado, imaginado, argumentado, deseado y buscado de muchas formas y maneras la posibilidad de recuperar el mundo perdido que nunca hemos vuelto a ver y que siempre deseamos encontrar. ¿Cómo era ese mundo? ¿Cuánto tiempo vivió el hombre en ese estado? ¿Por qué se truncó? ¿Cómo es posible que un mundo tan maravilloso incluyera en sus entrañas la simiente de su propia destrucción? Encontraremos respuestas a estas y otras muchas preguntas al adentrarnos, aunque sea por un momento, en los confines del más allá de nuestra era presente. En esta nueva serie no miraremos al futuro, sino al pasado más remoto. Lo haremos de la mano de las Escrituras, por lo que le pedimos a Su Autor principal, el Espíritu Santo, nos guie y conduzca en este recorrido hasta donde quiera llevarnos. Nuestra esperanza no está en lo que perdimos, sino en aquel que ha hecho posible su recuperación y regeneración, Jesucristo, el Hijo de Dios, El Alfa y Omega, el principio de la creación de Dios, el Autor de la vida, en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, y en quién estamos completos.

Dios hizo al hombre recto

*He aquí, solamente esto he hallado: que **Dios hizo al hombre recto**, pero ellos buscaron muchas perversiones* (Eclesiastés 7:29 RV60).

*Mira, sólo esto he hallado: que **Dios hizo rectos a los hombres**, pero ellos se buscaron muchas artimañas* (Eclesiastés 7:29 LBLA).

Al libro de Eclesiastés se le ha denominado el libro de filosofía bíblica. El predicador hace una serie de preguntas a lo largo de su discurso, –como toda filosofía–, y no encuentra respuesta satisfactoria a ninguna de ellas, –como cualquier manual filosófico al uso–. Aunque al final de su discurso parece llegar a una conclusión lógica: *«La conclusión, cuando todo se ha oído, es ésta: teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto concierne a toda persona. Porque Dios traerá toda obra a juicio, junto con todo lo oculto, sea bueno o sea malo»*. El contexto del versículo con el que hemos comenzado esta serie está enmarcado en la búsqueda. Todo el libro de Eclesiastés es una búsqueda del sentido de la existencia humana. En los versículos anteriores al citado las preguntas formuladas tienen que ver con buscar una mujer decente y no encontrarla –muy políticamente incorrecto en los tiempos que corren–. *«He hallado a un hombre entre mil, pero mujer entre todas éstas no he hallado»*. Sin embargo, sí halló que Dios hizo al hombre recto pero él mismo se buscó muchas perversiones y artimañas. Es decir, el hombre fue creado con un carácter moral a la semejanza de Dios. Dios es justo. El hombre fue creado recto, justo. De la misma forma podríamos concluir que muchos de los aspectos del carácter de Dios fueron dados al hombre en su creación: amor, justicia, verdad, fidelidad. Sin embargo, el hombre, los hombres, se buscaron muchas perversiones. Aquí tenemos el inicio del mal en la creación de Dios. El pecado entró en el mundo por un hombre, diría más tarde el apóstol Pablo (Rom. 5:12). No voy a especular sobre el origen del mal, doy por hecho que tuvo su inicio en la tierra mediante la voluntad del hombre. El por qué fue creado el ser humano con la capacidad de caer en pecado, si Dios ya lo sabía y lo permitió y muchas otras preguntas que se suscitan y que no tienen una respuesta clara en las Escrituras, las dejo para los filósofos, teólogos y discutidores de este mundo. Lo que podemos asegurar es que Dios creó al hombre bueno, con una naturaleza recta y justa, lo vistió de su gloria y le dio su carácter. Sin embargo, la voluntad libre del hombre permitió que escogiera muchas perversiones o artimañas.

La naturaleza del hombre antes de la caída era recta y justa.

Hagamos al hombre

*Y dijo Dios: **Hagamos al hombre...** Creó, pues, Dios al hombre... varón y hembra los creó* (Génesis 1:26,27).

¡El misterio del hombre! ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su origen y propósito? Preguntas que parecen no tener respuestas concluyentes, pero comienzan a tomar forma cuando venimos a las Escrituras. Está escrito que es lámpara a nuestros pies y lumbrera en nuestro camino. Que debemos estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro. La Biblia es como un espejo para mirarse. En ella vemos nuestra imagen reflejada. En nuestro texto lo primero que apreciamos es que el hombre es el resultado de una voluntad mayor que la suya propia. Somos consecuencia de la voluntad expresa de Dios. Hemos venido a la existencia por un acto de su voluntad, una decisión creativa y determinante. Somos la emanación de un plan predeterminado por la Divinidad. Una Divinidad que se nos presenta aquí en plural: «*Hagamos*», aunque es Uno. El salmista escribió: «*El nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos*» (Salmos 100:3). Por tanto, somos resultado de una voluntad creativa mayor que la nuestra, anterior a la nuestra y por ello superior. Luego Dios va a dar al hombre y la mujer capacidad de reproducirse, pero aquí estamos viendo el origen de la creación del primer ser humano. Este primer hombre va a producir después un desdoblamiento con dos géneros: varón y hembra. «*Creó Dios al hombre, varón y hembra los creó*». Un solo ser, dos personalidades complementarias que provienen del uno creado y que volverán a ser uno formando una unidad orgánica familiar cuyo resultado será la formación de una familia con hijos, y así garantizar la continuidad del género humano a través del hombre y la mujer. Observemos que el texto bíblico dice: «*Creó Dios al hombre*», y luego dice, «*varón y hembra los creó*». Por tanto, en el hombre está incluida la mujer. Esto lo vemos aún más claro en Génesis 5:1,2. «*El día que Dios creó al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y los llamó Adán el día en que fueron creados*». Es decir, en Adán está incluida Eva. En el hombre está incluida la mujer. Esto concuerda con la exégesis del apóstol Pablo cuando escribe: «*Porque el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre, pues en verdad el hombre no fue creado a causa de la mujer, sino la mujer a causa del hombre... Sin embargo, en el Señor, ni la mujer es independiente del hombre, ni el hombre independiente de la mujer. Porque así como la mujer procede del hombre, también el hombre nace de la mujer; y todas las cosas proceden de Dios*» (1 Corintios 11:8-12).

El hombre es creación de la voluntad de Dios y en él está incluida la mujer. Ambos son el sello de todo lo creado.

A nuestra imagen y semejanza

*Y dijo Dios: **Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...** Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Génesis 1:26,27).*

La voluntad soberana de Dios ha querido crear al hombre. ¡Qué fácil de entender cuando no estamos atrapados en vanos razonamientos! ¿Surgen preguntas por resolver? Sí. «*Ahora vemos por un espejo, veladamente... ahora conozco en parte...*» (1 Co.13:12). Si aceptamos que somos el resultado de la voluntad creativa de Dios podemos avanzar. Nosotros creemos en Dios, confiamos en Su palabra, por tanto, podemos continuar. El texto que tenemos arriba nos dice que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. ¡Increíble! «*Alto es no lo puedo comprender*» (Sal. 139:6). «*¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que lo cuides?*» (Sal. 8:4). El hombre corona la creación de Dios. ¡Creados a su imagen y semejanza! Pero, ¿cuál es la imagen de Dios? ¿A qué se refiere el texto? No hay una respuesta definitiva a esta pregunta, aunque hay varias cosas que podemos decir sin caer en especulaciones. El punto de vista reformado es que la imagen de Dios en el sentido más amplio de la palabra se halla: en el hecho de que el hombre es un ser espiritual, racional, moral e inmortal. Dios revistió al hombre con algunos aspectos de su propia personalidad: justicia, verdad, amor, voluntad, emociones, conocimiento. Le transmitió atributos elevados como el de la creatividad, el poder expresarse de manera audible mediante la palabra hablada, comunicarse con sus semejantes y sobre todo con el mismo Creador. Lo vistió de espiritualidad. Dios es Espíritu, sopló en el hombre aliento de vida, y vino a ser un ser viviente. Además le dio libertad, libre albedrío, lo hizo libre, no un autómatas, sino con la capacidad de poder escoger y vivir sujeto a Su voluntad, bajo las condiciones dadas por Dios, con los límites establecidos dentro de unos parámetros muy amplios de acción individual. Dios creó al hombre para tener comunión con él, relacionarse de manera cercana y compartir, no solo el resto de la creación material, sino de su misma naturaleza y esencia. Puso eternidad en el corazón del hombre (Eclesiastés 3:11). Jesús confirmó el relato bíblico, escrito por Moisés, cuando dijo: «*¿No habéis leído que aquel que los creó, desde el principio los hizo varón y hembra?*» (Mateo 19:4).

El hombre fue creado por Dios a su semejanza, su propia imagen, «para alabanza de la gloria de su gracia» (Efesios 1:6). «Porque de Él, por El y para El son todas las cosas» (Ro. 11:36). «Todo ha sido creado por medio Él y para El» (Colosenses 1:16).

Y ejerza dominio

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre... (Génesis 1:26,27).

La Biblia revela la naturaleza de Dios, su carácter, atributos, obras y voluntad. Además es el mejor libro para conocer al hombre en toda su amplitud, especialmente en su naturaleza, su esencia vital, el propósito de su existencia. El pueblo que honra la revelación de Dios es sabio y prosperará, pero la nación que desprecia su Palabra y coloca en su lugar pensamientos humanos, filosofías y doctrinas contrarias a Dios, vendrá a ruina. Si partimos de las Escrituras seremos sabios, si las ignoramos terminaremos en la necedad que conduce a los pueblos a su propia destrucción. Si levantamos pensamientos altivos contra el conocimiento de Dios nos colocamos en el lugar de aceptar cualquier mentira que nos conduzca al error. Moisés le dijo al pueblo de Israel que para ser un pueblo sabio e inteligente debían vivir bajo los mandamientos de Dios. *«Así que guardadlos y ponedlos por obra, porque esta será vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos que al escuchar todos estos estatutos, dirán: ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente»* (Deuteronomio 4:6). El texto de Génesis que estamos estudiando muestra que el Dios Creador ha hecho al hombre a su semejanza para que actúe como «virrey» de la creación, mayordomo de los bienes recibidos, y lo haga desde la naturaleza que ha recibido conforme a la del Hacedor. Dios delegó en el hombre. No le asusta compartir. Puso todo lo creado bajo sus pies. Trajo a los animales para ver como los llamaría, *«y como el hombre llamó a cada ser viviente, ése fue su nombre»* (Gn. 2:19). Ahora bien, la caída deformó todo y el término «*ejerzar dominio*» sobre la creación vino a significar agotar los recursos naturales. «Ha sido una tragedia de dimensiones incalculables que el término “sojuzgar” o “ejerzar dominio” haya sido tomado por el hombre como una especie de licencia para justificar cualquier tipo de explotación de los recursos naturales, cuando en realidad el sentido del vocablo hebreo es “regentar, cuidar de, administrar”, como un buen jardinero cuida de sus plantas, un pastor de sus rebaños y un rey justo, de sus súbditos. Quería decir reaprovisionarla, cuidar de ella para que funcione como Dios quiso; no implica destruir sus bosques y contaminar sus ríos» (Nota del libro *Ecología y cambio climático, una reflexión cristiana* de Miguel J. y Pablo Wickham. Editorial Andamio).

El hombre fue creado por Dios para administrar la tierra y sus recursos bajo las condiciones de Su voluntad y normativa.

Yo os he dado (Primera parte)

*Y dijo Dios: **He aquí, yo os he dado** toda planta que da semilla que hay en la superficie de toda la tierra, y todo árbol que tiene fruto que da semilla; esto os servirá de alimento* (Génesis 1:29).

Dios creó al hombre, delegó en él su autoridad para ejercer como mayordomo de la creación, y le proveyó de los medios necesarios para su supervivencia. Todo lo hizo hermoso, conforme a su propia naturaleza abundante. Uno de los nombres de Dios en la Biblia, que revela su naturaleza y carácter, es *El Shaddai*, que significa «el Dios de la abundancia», literalmente «el Dios del pecho materno». Dios da vida tal y como el pecho de la madre da vida y nutrición al bebé, de donde entendemos que en Dios hay un carácter masculino y femenino. En el texto que nos ocupa quiero resaltar: *«He aquí, yo os he dado»*. Dios ha dado al hombre alimento. Es Proveedor y Sustentador. Toda la creación demuestra esta verdad. Dios ha creado todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. La semilla que rebrota en sus ciclos adecuados esta diseminada por toda la creación para reproducirse adecuadamente y suplir toda necesidad de alimento del ser humano. En el principio no hubo carencia, Dios dio al hombre toda provisión para todas sus necesidades, *«pero ellos buscaron muchas perversiones»* (Ecl.7:29). El problema de la alimentación mundial no está en Dios sino en el carácter codicioso del hombre caído. Dios puso al ser humano en medio de la abundancia. Dios crea, da la tarea al ser humano y provee los medios para que su propósito se cumpla. Dios no ha cambiado. Es inmutable. Ya había ocupación antes de la caída. *«El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén, para que lo cultivara y lo cuidara»* (Gn.2:15). Dios le dio al hombre una ocupación. Algunos creen que el trabajo es el resultado de la maldición del pecado, pero no es así. Antes de la caída el hombre recibió el encargo de cuidar la creación, cultivarla, poner nombre a todos los animales, en definitiva, el hombre actuando como mayordomo de Dios. La ocupación es intrínseca al ser humano. Está en nuestro ADN. Forma parte esencial de la realización personal y colectiva. Dios puso las leyes del mundo natural en marcha y le dio al hombre la capacidad de cuidarlo y cultivarlo para que nunca le faltara alimento, *«pero ellos se buscaron muchas artimañas»* (Ecl.7:29 LBLA). Aunque eso vendría después con la caída, ahora estamos en el origen de las condiciones primigenias.

Dios es el Dador y Hacedor de todas las cosas. Las ha hecho y dado al hombre para suplir todas sus necesidades desde el principio.

Yo os he dado (Segunda parte)

*Y dijo Dios: **He aquí, yo os he dado toda planta que da semilla que hay en la superficie de toda la tierra, y todo árbol que tiene fruto que da semilla; esto os servirá de alimento** (Génesis 1:29).*

El carácter de Dios es generoso. Dios es bueno. Amplio en perdonar. Proveedor para todas nuestras necesidades. La tierra está llena de su abundancia. Desde el principio estableció las condiciones para que al hombre no le faltara nada. Lo puso en medio de una tierra con un potencial reproductor que llega hasta nuestros días. En nuestro texto se repite una expresión en la que quiero meditar. Dios dio al hombre toda planta que «*da semilla*» y todo árbol que «*da semilla*». La semilla permite volver a sembrar. No solo dio plantas y árboles comestibles una sola vez, sino que le dio la capacidad de reproducirse a través de una semilla. Semilla que al sembrarla vuelve a reproducir el fruto. Es el mismo principio de la reproducción humana. El hombre contiene en sí mismo la capacidad de reproducirse cuando está sujeto a las condiciones que el Hacedor ha puesto en la ley natural. Si las trasgrede o manipula puede conseguir resultados pero con sus contraindicaciones y efectos nocivos. La Biblia enseña que hay una forma de sembrar para cada semilla (Isaías 28:23-29), y que no se deben mezclar (Levítico 19:19). Esto es válido en muchos ámbitos de la ciencia humana. Algunos están llevando este principio a extremos indeseados, dirigidos especialmente a conseguir dinero rápido a expensas de multitudes crédulas. Todo lo que el hombre siembra eso siega, sí, pero estirar el principio con codicia para conseguir enriquecerse forma parte de la manipulación carnal de verdades eternas. Dios no puede ser burlado. Los que no entran por la puerta son salteadores, asalariados y el pastor no los conoce. Por tanto, no llevemos las verdades bíblicas a extremos que deshonren el carácter de Dios. El Señor hace salir el sol y la lluvia para los justos y los impíos, pero hay lluvia que produce vegetación útil y otra que produce espinos y abrojos (Heb.6:7,8). Sin embargo, Dios no ha cambiado, es Inmutable, en Él no hay cambio ni sombra de variación. Por tanto, la ley de la semilla ha continuado después de la caída hasta nuestros días. La semilla que fue sembrada y enterrada en el monte Calvario resucitó en gloria al tercer día. El Hijo de Dios vino para dar vida al mundo. Dios nos amó y dio a su Hijo, cómo no nos dará, juntamente con él, todas las cosas! Dios dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan. Jesús nos enseñó el principio: «*Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá*».

Dios nos ha dado de sí mismo. Así fue en el principio. Así fue a través del Mesías. Y así será en la regeneración de todas las cosas

Y sopló en su nariz aliento de vida

*Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y **sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente*** (Génesis 2:7).

En el primer libro de Moisés que conocemos como Génesis –*principio*– tenemos dos narraciones de la creación del hombre, una en el capítulo 1 y otra en el capítulo 2. No son distintas sino complementarias. Hasta ahora hemos meditado sobre el capítulo 1, en adelante lo haremos en el capítulo 2. Veamos, «*Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente*». El hombre es una combinación entre el polvo de la tierra y el soplo de vida del Eterno. De esa combinación surge un ser viviente que se mueve en dos dimensiones, una física y otra espiritual. Esta es una diferencia esencial con los demás seres vivientes del mundo animal. El ser humano tiene una dimensión eterna que no tienen los animales. Ha sido creado a imagen de Dios. Fue hecho del polvo de la tierra. Su formación contiene elementos químicos predominantes como el oxígeno, carbono, hidrógeno, nitrógeno, calcio, fósforo, potasio, cloro, hierro, con el 65% de agua en su estado adulto. Lo más notable es que el cuerpo, lejos de ser un conjunto estático de compuestos químicos, es un organismo vivo, dinámico, altamente organizado y magníficamente diseñado. Además de todo esto, se reproduce para asegurar la continuidad de la especie humana. Y a todo ello hay que añadirle la dimensión espiritual que permitió la comunión con el Creador desde el principio. Algunos teólogos dividen al ser humano en dos partes: cuerpo y alma, pero lo que entiendo en las Escrituras es que somos seres tripartitos: espíritu, alma y cuerpo (1 Tes. 5:23) (Heb.4:12). La vida del hombre, en toda su plenitud, surge de Dios, el Autor y Dador de la vida. Juan dice que «*en Él (el Mesías) estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*» (Jn.1:4). El soplo de vida de Dios sobre el primer ser humano le hizo consciente del mundo natural en el que había sido puesto, le dio conciencia de sí mismo y conciencia del Creador. Ambos mantenían una relación amistosa y provechosa. El hombre estaba vestido de la gloria de Dios. Tenía una función que acometer: labrar la tierra y cultivarla, poner nombre a todos los animales. Vivía en un medio que contenía todo lo necesario para su sustento. Aunque, como veremos más adelante, Dios se había dado cuenta que necesitaba algo más.

Dios sopló aliento de vida en el hombre y fue un ser viviente.

En Edén

Y plantó el Señor Dios un huerto hacia el oriente, en Edén; y puso allí al hombre que había formado (Génesis 2:8).

Dios puso al hombre que había formado en Edén. Una vez más vemos que la iniciativa es de Dios. Somos el resultado de la voluntad de Dios. Dios es bueno, crea cosas buenas. Es generoso y pone al hombre en medio de su extensa creación. Esa creación es exuberante, placentera, deleitosa y abundante. Y allí puso al hombre. Edén significa delicia, placer, deleite. Dios es el creador del placer y la belleza. El mundo material es creación de Dios, por tanto bueno. Algunas corrientes pseudocristianas como el gnosticismo han enseñado que la materia es mala y el espíritu bueno. Esto vino después, pero ahora estamos viajando al paraíso perdido. Miremos a través de la ventana que nos ofrece la Escritura, aunque nuestros ojos y conceptos actuales estén influidos por la oscuridad de la caída. Lo que vemos es un lugar lleno de árboles agradables a la vista y buenos para comer. Vemos el árbol de la vida, con su resplandor de gloria que supera cualquier lenguaje humano. También vemos allá el árbol del conocimiento del bien y del mal, un árbol inmensamente atractivo pero cercado por voluntad expresa del Hacedor. Una inmensidad de árboles, todos ellos deleitosos y agradables, llenos de abundantes frutos, sin embargo, pasado el tiempo – ¿cuánto tiempo? no lo sabemos – el ser humano va a ser llevado precisamente al único árbol que tenía impuesta limitación para desearlo olvidándose de la inmensidad que le rodeaba. Pero sigamos. Del Edén salía un río para regar el huerto, que a su vez se dividía en cuatro ríos más. Se nos dan sus nombres: Pisón, que rodeaba una tierra donde había oro, bedelio y ónice. Gihón, Tigris y Éufrates. De estos cuatro ríos conocemos bien dos de ellos, ríos de una extensión inmensa, de miles de kilómetros, como son el Tigris y Éufrates, por tanto estamos hablando de un vasto territorio. El río principal salía de Edén, que luego se dividía en cuatro ríos grandísimos, lo cual nos hace pensar que el río original, el que brotaba del huerto del Edén era una corriente abundante para regar a todos los árboles, multitud de árboles que había en el lugar donde Dios puso al hombre. Edén es, por tanto, un lugar espacioso, extenso, ensanchado, agradable, que contiene toda provisión, además de dos árboles que conectan con la vida y el conocimiento. En medio de semejante paraíso Dios puso al hombre para que lo cultivara y lo cuidara (Gn.2:15).

Dios puso al hombre en medio del Edén, un lugar deleitoso y placentero.

Ordenó Dios al hombre

Y ordenó el Señor Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás (Génesis 2:17).

Si la narración sobre la creación del hombre del capítulo 2 de Génesis es cronológica, deberíamos entender que la ordenanza dada por Dios a Adán es anterior a la creación de Eva, por tanto, la mujer no estaba presente cuando Dios emitió su prohibición acerca del árbol del conocimiento del bien y del mal, quedó como responsabilidad del varón hacer partícipe a su mujer de la palabra de Dios. Este pensamiento puede llevarnos a muchas ramificaciones, pero no lo haré. En cualquier caso el día de la tentación Eva ya conocía la ordenanza (Gn.3:1-3). Estos primeros capítulos de Génesis permiten formularse muchas preguntas que no quedan debidamente explicadas y dan lugar a especulaciones sin fin. No es mi cometido aquí. Sin embargo, encontramos una ordenanza expresa que Dios da al hombre en ese lugar idílico en el que ha sido puesto. Pensemos. Antes de la caída ya había ordenanzas de Dios para el hombre. La vida en comunión con Dios no está exenta de límites, ni es garantía de extralimitación. Sus mandamientos no son gravosos. Dios limita al hombre en sus decisiones libres. Apela a su libertad. A su obediencia. Vive en medio de grandes recursos, no le falta de nada, pero sigue siendo hombre, sujeto a la voluntad soberana de Dios. El hombre vive bajo soberanía divina. A su vez ejerce como autoridad delegada sobre la creación. Dios delega atribuciones sobre el hombre, sin embargo, eso no debe ser motivo para que este se extralimite y trasgreda la voluntad soberana del Eterno. Los límites de Dios permiten aún al hombre moverse en una dimensión amplísima. «*De todo árbol del huerto podrás comer*». Hemos visto que Edén era un lugar increíblemente grande, extenso, deleitoso y placentero. ¿Por qué no disfrutar de ello y aceptar el único límite que el Señor puso? El límite era la entrada a un conocimiento oculto donde la naturaleza humana no tendría capacidad de administrar. El bien ya lo tenía, era Dios, pero el mal se enseñorearía de él y daría entrada a una naturaleza pecaminosa que le conduciría a la muerte. Por tanto, el fruto del árbol que daba entrada a esa dimensión desconocida, oculta, del primer hombre, fue prohibido. Quedó sellado por voluntad de Dios. Cuánto tiempo permanecieron en ese estado primigenio no lo sabemos. Las condiciones estaban establecidas. Los parámetros definidos. La armonía en toda su amplitud era un hecho, pero faltaba algo...

Dios puso un límite al hombre, le dio una ordenanza que cumplir para que se mantuvieran las condiciones creadas.

Una ayuda idónea

*Y el Señor Dios dijo: No es bueno que el hombre esté solo; **le haré una ayuda idónea...** mas para Adán no se encontró una ayuda que fuera idónea para él (Génesis 2:18-20).*

Antes de la caída –a pesar del estado idílico que Dios había creado para el hombre– se halló que faltaba algo, no todo era perfecto, no todas las necesidades estaban suplidas. Dios había formado de la tierra todo animal del campo y toda ave del cielo, los había traído al hombre para ver como los llamaría; y como el hombre llamó a todo ser viviente, ése fue su nombre. Esa relación con animales del campo y aves del cielo no suplieron la necesidad de compañía del hombre. Los árboles agradables a la vista que ya estaban creados, el mismísimo árbol de la vida y la visión del árbol del conocimiento del bien y del mal, no pudieron suplir la carencia de compañerismo para el hombre en el medio natural que Dios había creado para él. Se hizo evidente que tenía necesidad de una ayuda más idónea, ajustada a sus necesidades de familiaridad y socialización. El mundo natural y animal no pudo suplir esa necesidad. Entonces, el Creador y conocedor del entramado humano, quién mejor conoce su naturaleza en toda su amplitud, ideó, formó y trajo al hombre la solución de la carencia que se había suscitado. Se había hecho evidente la necesidad de ayuda idónea, una compañera que le corresponda –ese es el sentido de idoneidad– manteniendo ambos una dimensión recíproca en su relación que no se halló en la creación. Así pues, Dios hizo caer en un sueño profundo al hombre, –lo anestesió–, para poder sacar de él mismo esa persona que le corresponda, la ayuda idónea con quién podría compartir –ahora sí– el deleite de todo lo creado. Por tanto, el hombre ha sido hecho un ser social. La individualidad y la soledad pueden manejarse por un tiempo pero pronto se hace evidente la necesidad de ayuda, de compartir, de reciprocidad. Los comentaristas bíblicos dicen que la mujer fue sacada, no de la cabeza del hombre para enseñorearse de él; tampoco de los pies para que fuera su sirvienta; sino del costado, como igual al hombre, a su lado, para ser su compañera, al lado del corazón para poder amarla. Y todo el proceso como respuesta de Dios a las necesidades del hombre: físicas, afectivas, de provisión y propósito. Luego dice el texto bíblico: «... *Y la trajo al hombre*» (Gn.2:22). El Creador del Universo formó a la mujer y la trajo al hombre para que fuera su ayuda idónea, su deleite, un deleite recíproco, una comunión compartida.

Dios formó la familia, un hombre y una mujer, como respuesta a la «soledad» de Adán.

Se unirá a su mujer y serán una sola carne

*Y el hombre dijo: esta es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; ella será llamada mujer, porque del hombre fue tomada. Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y **se unirá a su mujer, y serán una sola carne** (Génesis 2:23-24).*

El hombre recibió a la mujer como la provisión de Dios, su ayuda idónea. Supo que había sido tomada de él mismo. Que formaban una unidad. Supo que habían sido creados con capacidad sexual y reproductiva. Que serían padres. Que se formarían nuevas familias y llegado el momento cada hombre tomaría su decisión de dejar a sus padres y formar nuevos hogares uniéndose a su mujer. Todo ello antes de la caída. Una unidad complementaria, que partía de uno solo, que se desdobló en dos, para volver a ser uno y multiplicarse de tal forma que llenaran la tierra inmensa que Dios había creado. El apóstol Pablo nos dice que la mujer es gloria del varón (1 Co.11:7). Que debe amarla como a su mismo cuerpo; *«el que ama a su mujer a sí mismo se ama»*. Esta unidad física establece una unidad que va más allá del terreno sexual, para establecer vínculos tan fuertes que nadie debe separar. Jesús lo explica así: *«¿No habéis leído que aquel que los creó, desde el principio los hizo varón y hembra, y añadió: Por esta razón el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? Por consiguiente, ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, ningún hombre lo separe»* (Mateo 19:4-6). En el principio fue así. Una familia monógama. Un hombre y una mujer unidos en plenitud para dar lugar a la familia. Esta institución es anterior a la caída del hombre en pecado. La familia se establece con anterioridad a la entrada del pecado en el mundo. El placer sexual es anterior a la caída. La capacidad reproductiva es anterior al gran derrumbe humano. No sabemos si Adán y Eva tuvieron hijos antes de la caída, el texto bíblico parece indicar que fue posterior (Gn.4:1). Ser fiel a la mujer de tu juventud, la mujer del pacto, –porque el matrimonio es un pacto sellado ante el Creador entre un hombre y una mujer, después de dejar a su padre y madre para formar una nueva familia–, es la voluntad de Dios desde el principio, es agradable a Él y establece las condiciones de equilibrio en una sociedad. Es el mensaje del profeta Malaquías en su libro (Mal.2:14-16). La palabra de Dios pone en evidencia los desequilibrios del hombre, y establece el orden a seguir para vivir bajo su provisión y cuidado.

El hombre en su origen aceptó y recibió con agrado la ayuda idónea que el Señor le proveyó.

Estaban ambos desnudos

Y estaban ambos desnudos, el hombre y la mujer, y no se avergonzaban (Génesis 2:25).

En este pasaje tenemos otro de esos misterios difíciles de resolver. Las condiciones de vida creadas por Dios para el hombre y la mujer, el hábitat donde habían sido puestos, tenían los elementos necesarios para desarrollarse en armonía, sin desequilibrios, sin complejos, con naturalidad. El vestido que cubría a Adán y Eva era la gloria de Dios (Ro.3:23), juntamente con la ausencia de la vista del pecado y las tinieblas. Jesús enseñó que *«la lámpara de tu cuerpo es tu ojo; cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando está malo, también tu cuerpo está lleno de oscuridad»* (Lc.11:34). Inmediatamente después de tomar del árbol de la ciencia del bien y del mal, los ojos fueron abiertos y penetró la «luz del mal» que atrajo las tinieblas a todo su ser. Antes de esa entrada no había posibilidad de ver nada perturbador, ni avergonzarse, porque la gloria de Dios, el vestido original de Dios, cubría al ser humano. Ese vestido de la gloria de Dios mantenía al hombre en comunión con su Creador. Cuando el vestido se perdió por el pecado, la vergüenza, el temor y los complejos anidaron en el corazón del hombre. A partir de ese momento se necesitó otro vestido. El primer intento vino del mismo hombre. *«Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales»* (Gn.3:7). Más adelante es Dios quién tiene que proveer un vestido para la primera pareja (Gn.3:21). Aunque estamos adelantándonos en el recorrido de los sucesos, creo que es necesario que hagamos ese ejercicio para tratar de entender cuál era el vestido que los cubría. Físicamente estaban desnudos, pero no apreciaban ninguna vergüenza dado que sus ojos no se habían abierto al mal. Cuando el pecado se apodera de la vista del hombre, sus ojos pueden percibir lo que se encuentra más allá del bien, es decir, el mal que estaba oculto detrás de aquel árbol que daba entrada a un mundo de pecado –parece que ya existente, es lógico pensar así, más adelante el profeta Isaías y Ezequiel nos dan una entrada al origen del mal en la persona de Lucifer y su rebelión contra Dios– y cuyo poder de seducción era tan poderoso que Dios prohibió que se tomara de él. Sin esa penetración del mal al alma humana el vestido que cubría a Adán y Eva les permitía vivir alejados de la vergüenza y el temor, disfrutando plenamente de todos los placeres creados por Dios. Hay placer sin pecado. Hay desnudez sin vergüenza cuando la gloria de Dios cubre al hombre.

Dios había vestido al hombre y la mujer con el ropaje de su gloria, los cubrió de tal forma que no sentían vergüenza.

Paseaban en el huerto al fresco del día

Y oyeron al Señor Dios que se paseaba en el huerto al fresco del día...
(Génesis 3:8).

Esta breve reseña parece indicar lo que pudiera haber sido una costumbre en la comunión entre Dios y el hombre durante el tiempo anterior a la caída en pecado. Dice que Dios se paseaba en el huerto, lo que viene a significar que lo hacía con un cuerpo semejante al de Adán. En la Biblia de Jerusalén se traduce así: «*Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa*». Dios andaba en comunión y amistad con el hombre. Le haría partícipe de múltiples consejos para poder cumplir con éxito su cometido con el mundo natural puesto bajo su cuidado. Hablaría con él cara a cara, como hizo tiempo después con Moisés (Éxodo 33:11), y que más tarde fue imposible sin que el hombre pudiera resistir la presencia de Dios sin morir (Génesis 32:30). Dios había creado un ser libre, con voluntad propia para compartir con él en una dimensión tal vez mayor que con los ángeles. El hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Recibió el aliento de vida de Dios, de su propia naturaleza. Dios es Espíritu e hizo copartícipe al ser humano de una dimensión espiritual. Esa comunión con Dios se producía en dos dimensiones que parece podrían estar íntimamente ligadas: una física, –en el mundo terrenal–, y otra espiritual, en la medida que participaban de la misma naturaleza. Esto me hace pensar en la cercanía que establece el Mesías en su enseñanza sobre la oración del Padrenuestro: «*Hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo*». «*Cuando ores, ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre que está en secreto te recompensará en público*». Cielo y tierra unidos por la oración. Ambos están más cerca de lo que nos pensamos. La oración nos devuelve esa comunión de la que Adán disfrutaba en el huerto del Edén, a la caída de la tarde, en el momento de la brisa, ahora la disfrutamos por fe –sin fe es imposible agradar a Dios– una vez devuelta la comunión perdida por el pecado en el sacrificio del Hijo. Jesús nos ha dado entrada al trono de la gracia, a través de un camino nuevo y vivo, por medio de su sangre. Pero esa tarde algo había pasado que rompió la amistad e introdujo el temor y la vergüenza, hizo al hombre esconderse de la presencia de Dios. Una gran sima se había levantado transformando el devenir de la historia del hombre en unos parámetros nuevos. Lo que había sido relación cercana y amistosa, dio paso a una separación que alteraría toda la creación.

Dios creó al hombre para tener comunión con él, para alabanza de la gloria de su gracia (Efesios 1:6).

De Él y para Él son todas las cosas

*Porque de Él, por El y **para El son todas las cosas**. A Él sea la gloria para siempre. Amén* (Romanos 11:36). *Para nosotros hay un solo Dios, el Padre, **de quién proceden todas las cosas** y nosotros somos para El; y un Señor, Jesucristo, **por quién son todas las cosas** y por medio del cual existimos nosotros* (1 Corintios 8:6).

Antes de acabar esta mini serie sobre la realidad del hombre y la mujer antes de la caída, me gustaría recapitular lo visto en las anteriores meditaciones. La Escritura no deja lugar a dudas de que Dios es el Creador de todas las cosas, incluido el hombre, y fueron hechas por Él y para Él. De Dios proceden todas las cosas, y nosotros somos para Él. Hay un Señor, el Mesías, por quién todas las cosas subsisten, y por medio del cual existimos nosotros. Pablo lo resumió con estas palabras: *«Esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quién soy y a quién sirvo»*. Este es el propósito original de Dios que se vio perturbado por la aparición de una rebelión pre-adámica. Hemos visto, sin embargo, que antes de ese momento trascendental Dios creó al hombre recto, con una naturaleza justa, aunque el hombre se buscó muchas perversiones posteriores. Somos el resultado de la voluntad expresa de un Dios Creador que decidió en su soberanía traernos a existencia. Además puso en el hombre su propia imagen y semejanza, que como vimos, al margen de su aspecto físico, creemos que tiene que ver con el ámbito espiritual, racional, moral e inmortal con el que fuimos creados. Se le dio dominio sobre toda la creación natural y animal, fue constituido mayordomo bajo la soberanía del Hacedor. Dios hizo también las condiciones para que el ser creado a su imagen tuviera abundante provisión para todas sus necesidades. Sopló en él aliento de vida, fue hecho un ser viviente –el apóstol Pablo lo dividiría en un ser tripartito: espíritu, alma y cuerpo– y lo puso en medio de un lugar amplio, hermoso y placentero: el huerto del Edén. Además trajo al hombre una ayuda idónea que fue tomada del varón, la mujer, para que lo complementara, fuera su compañera y pudieran compartir juntos la inmensa creación de Dios formando una familia con capacidad reproductiva. El hombre la recibió y fueron hechos una sola carne. Estaban vestidos de la gloria de Dios, alejados de la vergüenza y el temor, manteniendo comunión y relación cercana y amistosa con el Rey del Universo. La entrada del mal rompió ese mundo. Fueron expulsados del paraíso y obligados a vivir en unas condiciones mucho peores.

El Señor Dios tenía un plan regenerador para recuperarlos, porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria para siempre. Amén.